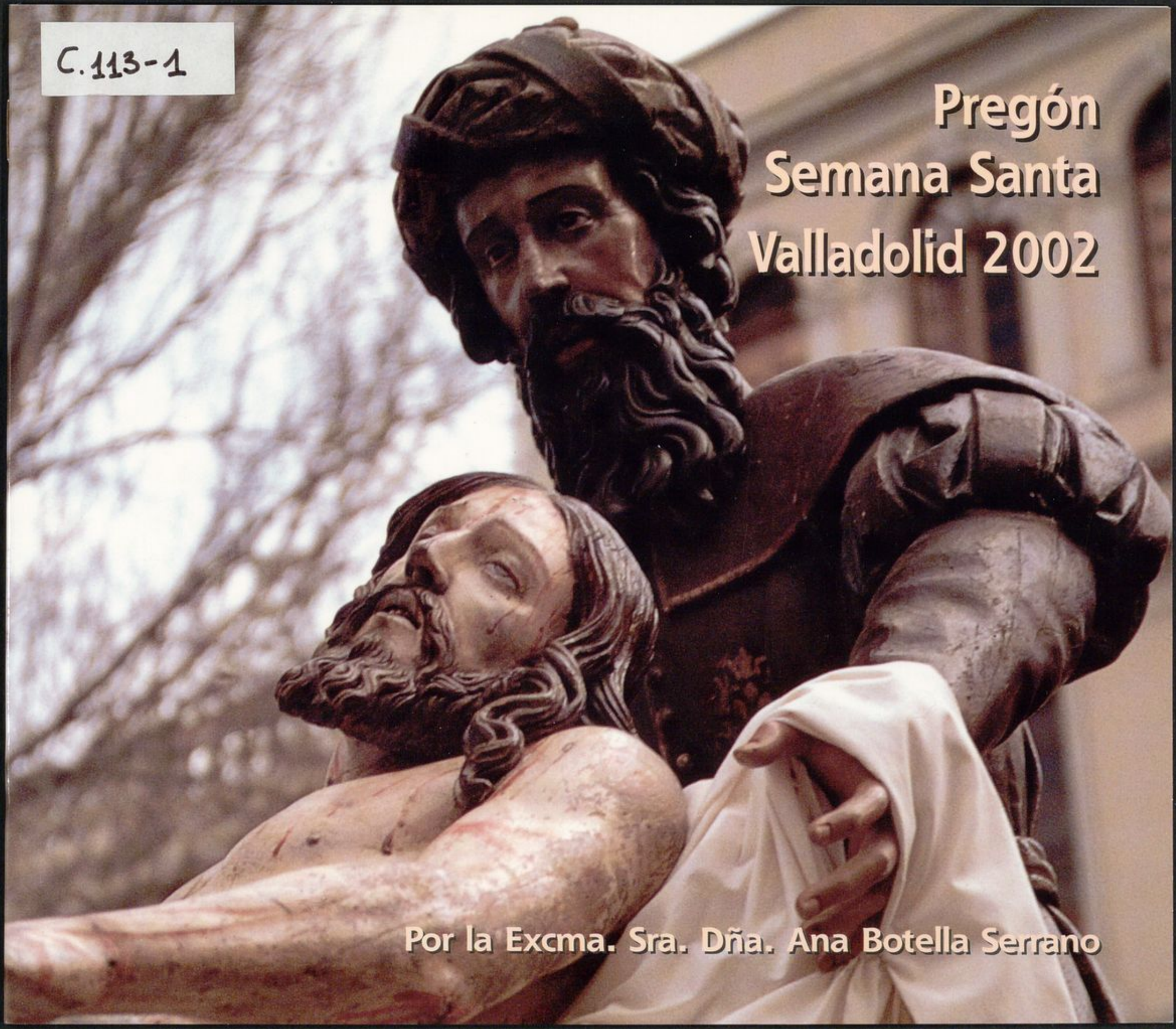
C.113-1

Pregón Semana Santa Valladolid 2002



Por la Excma. Sra. Dña. Ana Botella Serrano

ARCHIVO MUNICIPAL

1226952

C.113-1

R 10408

FOL 4053-1

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA
R. 10408

Pregón Semana Santa Valladolid 2002

Por la Excma. Sra. Dña. Ana Botella Serrano

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa.
Fotografía: José María Pérez Concellón.
Compone e Imprime: Imprenta Municipal.
Depósito Legal: VA-241/2002.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo; Ilustrísimo Señor Alcalde; excelentísimas e ilustrísimas autoridades; Señor Presidente de la Junta de Semana Santa y miembros de las distintas cofradías vallisoletanas; vecinos y vecinas de Valladolid que os habéis reunido aquí esta tarde para dar testimonio de la trascendencia de la Semana Santa en la Ciudad de Valladolid:

Me produce un gran respeto, y al mismo tiempo una gran satisfacción, presentarme en este púlpito solemne de la Catedral para anunciar el comienzo de la Semana Santa. Lo hago ante un pueblo como el vallisoletano, que tiene acreditada la solidez de su devoción; ante una comunidad que revive, en un respetuoso silencio, el momento de recibir la Cruz que avisa de su inminente llegada...

Los años pasados en Valladolid me han enseñado, que todos los vallisoletanos llevan la Semana Santa muy dentro; nacen con ella acogida en el alma y el pregón es, para ellos, la expresión de su sentimiento. Por eso quiero que mis palabras sirvan de invitación a

unirse a todos los que conocemos y amamos esta Semana Santa, a aquellos que ni siquiera sospechan que, aparte de la belleza de este lugar, la Semana Santa les va a sorprender por la firme y singular expresión de la clave religiosa en la vida de los vallisoletanos.

Mi amor y mi vinculación a esta ciudad, a la que tan unida se siente toda mi familia, son los que me han alentado a aceptar esta responsabilidad de pregonera. Mi recuerdo va unido al nacimiento de mi hijo Alonso, en Valladolid, pocas semanas después de una Semana Santa. Evoco hoy aquel momento como una vivencia personal en la que el misterio de la vida se unió al misterio de la propia Semana Santa, y la esperanza de la Resurrección al nacimiento de una nueva vida.

La confianza en que Cristo ha resucitado es la base sobre la que se alza la fe cristiana. Se ha dicho con razón que lo más duro para Jesús no fue tanto su Pasión como el hecho mismo de haber tenido que adoptar la condición humana. En su rostro de Crucificado vemos el más nítido signo de esa condición que es la nuestra, pero en el sepulcro vacío podemos contemplar después el principio de nuestra esperanza.

Vivir la Semana Santa de Valladolid, su silencio, ayuda a que nos escuchemos a nosotros mismos y a que nos hagamos las preguntas fundamentales que todo ser humano se hace: el sentido de la vida y de la muerte. Probablemente sólo nos las contestamos individualmente y esa interrogante puede durar toda una vida. Pero en el sentido de la Semana Santa podemos encontrar alguna de las respuestas: estamos aquí temporalmente, pero con una esperanza.

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

El apogeo de las procesiones, especialmente de las de Semana Santa, llegó en el siglo XVII. Las había en toda España, pero fue en Valladolid donde la imagen procesional se transformó en el paso, representación dramática de los sucesivos episodios de la Pasión del Señor, hecha -como recuerdan los historiadores del arte- para ser vista en la calle, en movimiento y con puntos de vista diversos. Pero, de la misma forma que la imagen procesional se hizo paso, el paso, aquí, se hizo silencio. Y de la misma forma que el paso nació para ser visto en la calle, el silencio nació para ser oído en el alma. Hasta tal punto impresiona, hasta tal punto puede oírse ese silencio, que habría que utilizar un título de la obra poética de un vallisoletano, el "Clamor" de Jorge Guillén, para poder explicarlo.

De los pasos de Valladolid, es precisamente el de la Elevación de la Cruz el más antiguo documentado.

Ante ese símbolo máximo, nos hacen fuertes las promesas de Cristo que bebemos de la fuente de San Juan de la Cruz: "Todos los que andáis atormentados y afligidos con la carga de vuestra Cruz, venid a mí, y yo os recrearé, y hallaréis para vuestras almas el descanso que os quita vuestros apetitos".

"En la cruz está la vida y el consuelo y ella sola es el camino para el cielo" decía Santa Teresa de Jesús.

"En la Cruz está el Señor del cielo y tierra, y el gozar de mucha paz, aunque haya guerra".

"Es una oliva preciosa la Santa Cruz..."Es la Cruz el árbol verde y deseado..." "el árbol de vida y de consuelo..." "en la Cruz está la gloria y el honor... y el camino más seguro para el cielo".

Santa Teresa hace de la cruz el símbolo por excelencia del cristianismo y traza sobre ella el camino más seguro para el cielo.

No está hablando sólo de méritos humanos, sino del símbolo mismo, gráfico, formal, que la cruz representa.

En su trazo vertical de la cruz significa la unión de la tierra y cielo; el horizontal, la condición humana. El cruce de los dos trazos nos dice que el espíritu supera lo terrenal para dirigirse a un mundo más elevado.

Los brazos en cruz del Crucificado son su abrazo a los seres humanos, y al mismo tiempo se abre así, orando, a la divinidad.

El simbolismo identifica también la cruz con el árbol. En su sentido más amplio el árbol representa, desde el despertar de las culturas, la vida inagotable, y por lo tanto la inmortalidad. El árbol coincide así con la Cruz de la Redención, y Santa Teresa dice que para el alma, esa Cruz, es el árbol de la vida.

Sin querer desairar el recogimiento y el silencio, yo quisiera pregonar que la Semana Santa de Valladolid no se encarna en cabezas inclinadas, en pechos compungidos y rotos, en un plañir desahogado. Todo esto es el dolor por la pérdida, dirán unos. Es el luto solidario, señalarán otros. El árbol es más pujante que el luto y que el dolor, y, por encima de la agonía, la Semana Santa llega anunciando un tiempo vivo.

A veces me he preguntado si los semblantes afligidos, en presencia del Crucificado, se deben al acecho de nuestro propio

dolor, al temor del propio sacrificio y, en suma, a un miedo a nuestra propia cruz.

La respuesta esta en la cruz, no como pasaje de la muerte, sino como árbol de la vida.

La vida está sembrada de cruces, pero no debemos temerlas, porque esas cruces son nuestras propias responsabilidades. Alguien dijo que la verdadera libertad esta en ser capaz cada uno de hacer lo que tiene que hacer.

Yo quisiera pregonar que el significado de la cruz nos ayuda a ser más rectos y más solidarios. Que la cruz no se hace patente para doblegarnos, ni para medir nuestras fuerzas en un pulso inútil, sino para dignificar nuestro trabajo, nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio.

Yo quisiera pregonar la generosidad en la entrega de nuestro tiempo y de nuestras energías.

Pero no quiero con esto pregonar arrebatos de misticismo. Sólo proclamo la pasión, en su doble sentido, del día a día.

La cruz se infiltra en nuestra vida cotidiana y su sola presencia azuza en nosotros el instinto de supervivencia. La "felicidad" es un estado del cuerpo, una cualidad puramente circunstancial, vulnerable a los vaivenes de la cotidianidad.

En cambio, la alegría es patrimonio exclusivo del alma, nace y se cultiva muy dentro de cada uno de nosotros. No debiéramos olvidar que lo que se opone a la alegría es la tristeza, y no la penitencia. Un motivo más para no temer a la cruz.

Y ¿quién no ha sentido alguna vez en su vida el vértigo que produce el "no hacer pie" en medio de la oscuridad? Vértigo, sí; pero temor, nunca. Porque el temor es desconfianza, y nuestra fe es confiar.

Hace unos años tuve la suerte de vivir una Semana Santa singular en los Santos Lugares. Días después mi marido sufrió un atentado. Tener la muerte tan cerca, conocer el sabor del dolor, el olor de la tristeza, el sonido del miedo, y la grandeza de Dios que nos ayudó a superarlo, me hizo reflexionar sobre la precariedad de la vida.

El espesor de la historia y de los escombros cubre hoy la Jerusalén por donde Nuestro Señor Jesucristo arrastró su cruz.

La piedad y la fe han de dar la respuesta a lo que allí preguntan los sentidos, porque casi dos mil años, varias civilizaciones diferentes y muchos metros de tierra, sepultaron las calles de la Pasión.

No puede uno reconocer los escenarios como quien contempla ahora los pasos. Pero sabemos que en tiempos de Constantino los cristianos de Jerusalén conmemoraban ya el Viernes Santo con una procesión dividida en estaciones.

La monja española Eteria, en el siglo IV, tuvo que decidir entre el sacrificio la vida monástica o la peregrinación a los Santos Lugares, y, se decidió por esto último porque, según explicó en sus cartas: "Soy bastante curiosa -dice-. No hay cansancio cuando se desea una cosa apasionadamente". Y, puesta en camino hacia Jerusalén dejó, la que con el tiempo, pasaría a ser la más antigua

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

descripción de las condiciones de vida y de los sitios donde se había desarrollado la Historia de la Salvación.

Eteria describe cómo los fieles se reunían en el Monte de los Olivos y, antes de llegar al Santo Sepulcro, se detenían en tres lugares llamados "de la Agonía", "de la traición de Judas" y "del Prendimiento".

Luego, con el paso de los siglos, la arqueología ha confirmado que, las tradiciones cristianas sobre los Santos Lugares, se sustentan en una firme base histórica. Posteriormente, la ciencia, ha demostrado lo que la constancia de la fe cristiana daba por cierto. Pero eso es viajar en el tiempo. Hoy, cuando simplemente viajamos en el espacio, aquel subsuelo soporta el peso milenario de destrucciones, saqueos, árboles talados, templos asolados, persecuciones, guerras, sangres, ruinas y fuegos.

Dice Juan Pablo II: "Que éste es un tiempo particularmente adecuado para despertar y educar la conciencia". Ahora que la Cuaresma llega a su fin, he querido, en voz alta y espontánea, mantener mi conciencia despierta y educada.

Ya que no he hablado siquiera del gran escultor que llenó todo un siglo de escultura castellana, Gregorio Fernández, me sentiría tranquila si al menos pudiera decirse de estas pocas palabras mías lo que se dijo de sus pasos: que sus figuras no están concebidas para que tengan expresión por sí mismas, sino en función de un conjunto dramático. Y de tal modo, si mi pregón hubiera pecado de sobriedad y de no distraerse en pintoresquismos, podría acogerme también a una similitud con la impresión que producían las esculturas del

formidable imaginero, de las que se decía que no son literatura, ni sermón, ni anécdota, pues sólo son eso, esculturas.

La Semana Santa de Valladolid es un clamor de emociones, una devoción y un silencio. Pero, un silencio que lo dice todo.

Ayuntamiento de **Valladolid**

Junta de Cofradías de Semana Santa